tándolos después fríamente... ¡Pobre muchacho! Al fin y al cabo era digno de compasión y de lástima. ¡Enamorarse de aquel modo, como si no hubiera en el mundo más mujer que ella!... Tentada estaba de pedir el carruaje y marcharse á verle. ¿Quién había de saberlo?

Además, fijándose bien, no era feo.

Y no escribía mal; aquella carta lo demostraba cumplidamente. La confesaba su amor por céntesima vez, suplicaba una contestación cualquiera, aunque fuese para despreciarle... y señalaba un plazo, un plazo de algunas horas, transcurridas las cuales, si no tenía contestación, daba á entender que se mataría... ¡Pobrecillo! Lo de matarse la había llegado al alma. Conocía á los hombres y sabía por experiencia propia que los caracteres taciturnos, los caracteres tímidos y recelosos como Ansorena, eran temibles cuando se enamoraban.

¿Y ella, que en el fondo era buena, iba á cargar con la responsabilidad moral de lo que ocurriese? No se mataría Ansorena, no. Por el contrario, estaba dispuesta á hacerle feliz. ¡Le costaba á ella tan poco trabajo hacer feliz á un hombre!... Y decidida y resuelta cogió papel y pluma, y escribió:

«Creo en su amor. La carta última me ha conmovido profundamente y no quiero ser cruel por más tiempo. Venga usted esta tarde á la seis...»

Después de escribir la hora se detuvo. A las seis, le decía... ¿Tenía ella algo que hacer á las seis? Y repasaba en su memoria todo el programa del día.

Cogió la pluma nuevamente é iba á continuar escribiendo cuando de pronto recordó... Sí, tenía que hacer á la seis... Estaba citada, citada con la modista, ¡y aquélla sí que era una cita á la que no podía faltar!... ¡Como que quería lucir el traje en la apertura de la Exposición, y *madama* le había dicho que fuese puntual, porque no había casi tiempo material de hacerlo!

¡Pobre Ansorena! La fatalidad se interponía constantemente en su camino. ¡Estaba visto que aquel desdichado había nacido en la hora terrible, en la hora negra en que nacen los infelices, los desgraciados, los mártires!... Y Rosario, pálida y nerviosa, estrujó entre sus dedos la carta empezada y rompióla después en mil pedazos, arrojándolos contra la chimenea. En aquel momento entraba el senador.

✠

Pasaron las horas. Y al dar la última campanada de las doce, Ansorena irguióse en su despacho amenazador y sombrío. Apoyó sobre la sien derecha el cañón helado del revólver, oprimió el gatillo, salió la bala, retumbó la casa entera sacudida por la explosión... ¡y el pobre enamorado cayó pesadamente sobre la alfombra!

Ramón Asensio Más

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EL LIBERAL
Marqués de Cubas, 7.—Madrid



PRECIO DE LA CAJA:
Dos pesetas

De venta en todas las buenas farmacias de España.

LA OFICINA
13, Paz, 13
MADRID
Tel.º 1.090
Restaurant-Cervecería-Pastelería-Licores
Casa la mejor surtida por su gran variedad en fiambres y mariscos de todas clases. Vinos finos de las mejores marcas.
GABINETES INDEPENDIENTES PARA FAMILIAS

LA HOJA DE PARRA • REVISTA FESTIVA •
APARECE LOS SÁBADOS
Oficinas: MÉNDEZ ÁLVARO, 2, PRIMERO
Apartado de Correos número 547 MADRID

AÑO I. Madrid, 16 de Diciembre de 1911. NÚM. 33



LA HOJA de PARRA

REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO

CARLOS MIRANDA
De parranda.
ALFONSO HERNÁNDEZ CATÁ
Otro caso de vampirismo.
FERNANDO MORA
A una viuda placentera.
PEDRO MATA
La cita.
EMILIO CARRERE
El café de las citas.
EL ADULTERIO
Opiniones de Julio Burell, José Ferrándiz, Ramón Asensio Más, Juan Pérez Zúñiga y Eduardo Zamacois
EL CONFESONARIO
Artículo de TÓRTOLA VALENCIA
PELAYO VIZUETE
El sueño de Xenócrates
PEPE ONTIVEROS
Mis aventuras amorosas.
TOVAR, CYRANO, DHOY, SOTA, BARRACHINA y ALFONSO
Caricaturas y retratos de Carmen del Villar, Angela Vela, Tórtola Valencia, Antonio Cortón, Emilio Carrere, Julio Burell, José Ferrándiz, Ramón Asensio Más, Juan Pérez Zúñiga, Eduardo Zamacois y otros dibujos.

5 cénts.



CARMEN DEL VILLAR

«Divette» madrileña y castiza, muy aplaudida en el Royal Kursaal.



IVÁYASE USTED Á LA PORRA.

SO PEDAZO DE COTORRA!

«En los talleres de Santa Rita, fundados en ésta por los Padres Agustinos, se han hecho y están haciendo fotografías de las obreras de dichos talleres para mandarlas á periódicos ilustrados (católicos, desde luego). En cada grupo figura uno de los Padres que dirigen estos centros de caridad, y no pueden figurarse lo divertido que resulta la colocación de las figuras; todas se disputan la preferencia de figurar al lado del afortunado Padre, alcanzando, naturalmente, este privilegio la Presidenta, Tesorera, Secretaria, etc., etc.; dando lugar todo esto á graciosísimas críticas entre las que se creen desairadas al no ocupar el lugar que por categoría del cargo corresponde á las preferidas.

Tengan cuidado, señoras, con estas fotografías, que algunas hemos visto nosotros en las cajas de cerillas, y cuando esto se hace, nada de particular tendría que el día de mañana las viéramos *desfiguradas* en algún sobre galante.

¡*Afinan* tanto estos padrecicos!»

(De *La Cotorra*, de Granada).

¡Valor se necesita,
señora cotorrita,
para *cotorrear* de las mujeres
que van á los talleres
de nuestra gran patrona Santa Rita!
Ya sé yo (como todo el mundo sabe)
que la cotorra es ave
parlera—sí, señora, ó señorita—;
pero, ¿qué duda cabe
que el abusar del pico ó de la lengua
para deslustre, y mengua,
y mancilla, y descrédito, y desdoro
de nuestra santa religión, es cosa
tan horrenda y tan grave,
que no la haría un loro
siempre que estime en algo su decoro?
¿A qué esos cotorreos, so chismosa,
contra los buenos padres agustinos
que, entre los frailes, son de los más finos;
ni á qué esos comentarios tendenciosos
acerca de esos pobres religiosos;
ni qué se le da á usted, señora mía,
de que ellos y ellas usen
—y, si les place, abusen—
de la fotografía?
¿Se le importa á usted algo, por ventura,
que un agustino adopte la postura
que juzgue conveniente,
bien sea de perfil ó bien de frente
(con tal de que no vuélvase de espaldas);
y sus hábitos luzca entre las faldas
femeninas, y entre ellas se le vea
la punta—un suponer—de la correa?
Perdone la pregunta;
¿pero es que va sacarle usted la punta,
por si acaso, á una cosa tan sencilla
cual la que su preinserta gacetilla
comenta en son de mofa,
comadre cotorril de baja estofa?
¿Hay motivo siquiera, so judía,
para privar á un fraile
de la fotografía,
según usted pretende? No; no *hayle*.
¿Quién puede prohibir que un fraile tenga
junto á sí cuantas pollas le convenga,
siempre y cuando esas jóvenes mujeres,
que él para retratarse necesita,
sean de las que van á los talleres
de nuestra gran patrona Santa Rita?
En lugar de ocuparse en esas cosas,
molestando á las jóvenes piadosas
á quienes el anónimo agustino
conduce (á no dudar) por buen camino,
y á quienes trata usted de armar camorra,
más le valiera á usted, *señá* cotorra,
darse una vueltecita
(que no estorba lo humano á lo divino)
por el santo taller de Santa Rita;
y, en lugar de rascarse las narices
(si es que las tiene usted), á todas horas,
coser para los pobres infelices
de *Granâ*. ¡Eso es lo que hacen las señoras,
y no cotorrear; porque á fe mía
que eso está muy mal hecho, so judía!
Déjese, pues, de chismes y de cuentos
y de hacer aspavientos,
si no quiere —¡grandísima cotorra!—
que la mandemos todos á la porra...

Carlos Miranda

OTRO CASO DE VAMPIRISMO

Es una tertulia «daurevillesca» reunida bajo la fronda de un paseo. Lejanamente, entre los arabescos de hojas, algunos arcos voltaicos fingen lunas trémulas. Todas las caras dicen aburrimiento. Al fin, alguien insinúa una conversación escabrosa. Se habla de sucesos raros, de la lógica de los hechos absurdos, de perversiones refinadas, de complicaciones eróticas. Un hombre apasionado hacia las uñas, solamente hacia las uñas de una mujer; exquisitas monstruosidades llevadas á acción por niñas núbiles; extraños vicios esotéricos; el bello crimen perpetrado por un artista loco, quien, creyendo hallar gran semejanza entre la Venus de Milo y su amante, cercenó á ésta con un hacha los brazos para dar al parecido exactitud. De pronto Raul Ginarosa, el ameno conversador, pide venia para narrar una rara historia de maleficio; pero de un maleficio sobrenatural, y, ya concedida, se retrepana en el asiento y comienza así:

—Aun cuando los casos de vampirismo son harto frecuentes para que, uno añadido á la lista, sorprenda la atención, las sombrías circunstancias envolvedoras de éste cautivan por misteriosa manera, llevando al ánimo de cuantos lo conocen una inquietud grata y penosa. El hecho fué de este modo: Nadie en el pueblo conocía el pasado del viejo; tras de las tapias del jardín que rodeaba la casa, no penetró nunca la curiosidad de la gente. Fué inútil interrogar á los criados; sus pláticas eran siempre someras y las desorientaban con habilidad. El viejo jamás entabló charla con ninguno. Hacía una vida misteriosamente metódica: dos tardes en la semana salía á gozar un largo paseo; los domingos no iba á la iglesia; apenas si contestaba con leves inclinaciones de cabeza los saludos ceremoniosos de los campesinos. ¿Quién trajo al pueblo la noticia de un pasado perverso y borrascoso? ¿Fué hija de algún suceso conocido ó de la fantasía popular acicatada por la curiosidad no satisfecha? Nadie pudo precisar el origen; pero todos pudieron oirla. El viejo había tenido antaño dos mujeres, y ambas, en muy corto lapso de tiempo, fenecieron víctimas de una *enfermedad desconocida*. También se habló con vaguedad de una remota historia en la cual las frases corrupción, sadismo y degeneración ocupaban un lugar impreciso, que hacía muchas veces punible la malevolencia del comentarista. Al principio, los periódicos acogieron veladamente los rumores; luego, el tiempo fué adormeciendo la curiosidad, y el misterio dejó de ser ó de parecerlo, porque no hay misterio cotidiano.

Al comenzar la primavera, el pueblo supo por los criados la enfermedad del viejo y la pronta llegada de su sobrina, á cuyos cuidados prometía recobrar la salud. Una tarde el anciano sirviente fué á la posada un momento antes de percibirse allá en el punto lejano del camino la polvareda levantada por el rápido trotar de las mulas... Sonaron jacarosas las colleras; restalló imperativa la fusta del mayoral, y cuando se detuvo el coche, bajóse de él la sobrina del viejo; habló con el servidor breves instantes, y ambos aballaron por la vereda que guiaba á la quinta. Bajo el porche de la posada, los labriegos, absortos, hacían comentarios.

—Buena es la sobrina del señor.

—Fresca como flor en mañana... y guapa y sanita... Nadie la creería de ciudad.

—¡No ha buscado mala enfermera!

Y reían, reían largamente, suspicaces.

El viejo sanó pronto. Sus paseos fueron más frecuentes. Sollasele ver apoyado en el

NUESTRAS COCOTAS



ANGELA VELA

brazo de su sobrina; iban hasta las estribaciones del monte, regresando al iniciarse el crepúsculo. Así pasó algún tiempo; retoños en los árboles, ramas verdes, frutos maduros, luego hojas secas arrastradas entre el polvo de los caminos por los vientos de Octubre. Entonces todos notaron que la sobrina del viejo enflaquecía, que se marchitaba. ¿Dónde estaban las rosas de sus mejillas y el triunfo carmesí de sus labios? Parecía otra. Grandes ojeras moradas circuían sus ojos; su andar era lento, grave; toda ella

A CAZA DE GANGAS



—Anda, Martina, véndemelo para darme postín con los amigos.

mostrábase casi transparente y azul. Cuando al retornar del paseo se encontraban con un grupo de campesinos, luego de cruzarse, las mujeres se volvían á mirar, diciendo compasivamente:

—¡Pobre señorita, se seca!

Y se secaba, se secaba. Los cirios de Noviembre alumbraron sus últimos días. En un largo atardecer otoñal, al fin de una espadañada de sangre, se vidriaron sus ojos y se abatió inerte la cabeza. ¡Pobre! Sobre el lecho mortuorio albeaba la alianza de sus manos exangües, y eran otras flores entre las azucenas y los lirios.

Entonces fué cuando resurgieron con nuevo vigor aquellas historias nebulosas. El pueblo, olfateando un crimen, quiso tomar en el viejo venganza. Fué precisa la intervención de las autoridades, y médicos forenses se dispusieron á practicar la autopsia. Pero antes, el viejo, á quien todos juzgaron loco porque pasó el día llorando, envuelto el rostro en una camisa de la muerta, se suicidó, disparándose un tiro en el pecho,

—¿Y cuál fué el resultado de la autopsia? —interrogaron á la vez todos los contertulios.

Raul, gozándose en retardar la tensión del interés engendrado por su historia, sonriendo equívocamente, dijo al fin:

—La niña no había sufrido nada en su virginidad... No obstante... El estudio antropométrico del suicida acusó: el mentón, saliente; los belfos, finos; las aletas de la nariz, vibrátiles, y el pabellón auricular levantado...

Alfonso Hernández Catá.

Á UNA VIUDA PLACENTERA

Miro tu cuerpo destacarse airoso
en los lutos que cubren tu figura,
y admiro, loco, tu gentil cintura
y tu pecho divino y tembloroso.

Brilla la dicha en tu mirar dichoso,
y mi deseo, ardiendo en calentura,
busca en tus labios del placer la hartura
para ofrecerte en pago amor brioso.

¡No hagas que mi pasión se desespere!...
¡Déjame gozar dichas á tu lado!...
¡Probar quiero en tus senos la verdad!...

Pues si matas mi amor, que de amor muere,
no sabrás el placer que reservado
te guarda el corazón que más te quiere.

Fernando Mora.

LA CITA

ESCENA I

Anselmo Bertrán, 34 años—María Teresa, su mujer, 27.

La acción en el gabinete de María Teresa.—Anselmo entra con el sombrero puesto y el bastón en la mano.

MARÍA TERESA. — ¿Te vas?

ANSELMO.—Sí; ¿quieres algo?

M. T. — Nada, que te diviertas, ¿Vendrás á cenar?

A. — Vendré. ¿Tú no sales?

M. T.—No sé... veremos... Si no hace mucho frío, puede que me anime.

A.—Sí, tontina. No es bueno estar en casa.

(Se despide afectuosamente de su mujer, dándole dos golpecitos en las mejillas y se marcha.

Ella se sienta ante el secreter, saca un papel y escribe:)

«Aun cuando me tienes disgustadísima y no mereces que haga nada por ti, para demostrarte que valgo más que tú y que no soy rencorosa, á las cinco estaré adonde siempre. No debiera decírtelo, pero te quiero con toda mi vida.

Tuya siempre, siempre, siempre,

MARÍA TERESA.

P. D. No me vayas á hacer lo del otro día. Ya sabes que me molesta mucho esperar en la calle.»

(Terminada la carta y encerrada en el sobre, María Teresa toca un timbre y acude una doncella.)

M. T.—Toma, vas á llevar esta carta, volando, al señorito Luis.

DONCELLA.—Está bién, señorita.

ESCENA II

Una calle del barrio de Argüelles.

Luis Ramírez, 30 años. Pasea arriba y abajo en una extensión de diez metros por la acera de la izquierda. De cuando en cuando saca el reloj, lo mira, vuelve á aguardalo, se mete las manos en los bolsillos del pantalón y sigue su paseo. Poco después, por la misma acera, Anselmo Bertrán.

A.—Hola: ¿qué haces tú por estos barrios?

LUIS.—Dando un paseo. ¿Y tú?

A.—¿Yo? Hombre, pues, veras, te diré la verdad. Vengo de conquista. Pasaba casualmente por aquí el otro día y ví una mujer, ¡chico qué mujer! *(Observando que Luis no hace más que volver la cabeza y mirar á todas partes como azorado.)* ¿Qué miras? ¡A que resulta que tú también!...

L.—No, te equivocas...

A.—¡Qué mujer, chico, qué mujer!

L.—Bueno, ¿y qué?

A.—Nada, no me atreví á hablarla, me dió miedo. Es una mujer que impone. ¡Ah, pero todo llegará! Pasa por aquí todos los días, de cinco á cinco y media. Oye, puesto que tú no tienes nada que hacer, aguárdate un instante y la verás. Verás qué mujer. Te vas á quedar ciego. Te va á parecer mentira que exista una criatura tan hermosa.

L.—Lo que me parece mentira es que teniendo una mujer como la que tienes te pases la vida mariposeando.

A.—Hombre, te diré.

L.—No me digas nada, no quiero saber nada. Es indigno lo que estás haciendo; engañar á una mujer como María Teresa, ¡á un ángel!

A.—Pero, hombre, ¿qué moralidad te ha entrado á última hora?

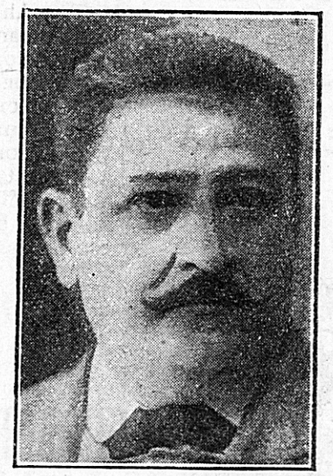
L.—Afortunadamente, lo que es hoy no logras tu intento. ¡No faltaba más!

A.—¿Qué dices?

L.—Que lo que es hoy tú no ves á esa mujer. Tú vienes ahora mismo conmigo á la Moncloa.

A.—Estas loco?

L.—A la Moncloa. ¡Pues no faltaba más!



ANTONIO CORTÓN

Autor de la primera respuesta á nuestra encuesta, que ha excitado las iras del señor Fiscal.

Y da gracias á Dios que no se lo cuente á María Teresa.

A.—¡Pero qué tontería!...

L.—¡Parece mentira! ¡Un hombre casado! Ahí viene mi coche. ¡Cochero! ¡Cochero! Sube. Las cinco menos diez. Arrea. ¡A la Moncloa!

ESCENA III

El gabinete de María Teresa. Anselmo y su mujer.

M. T.—¿Te parece que son éstas horas de venir á cenar? ¡Las nueve de la noche!

A.—Tienes razón, hija mía, me he retrasado. Creí que era más temprano. Como ahora anochece...

EN LA CERVECERIA



—Camarera, otra pajita.

M. T.—Claro, y yo aquí, muerta de hambre, la comida fría...

A.—Pues, ea, no tardemos más. Vamos á cenar.

M. T.—No tengo gana.

A.—¡Pero mujer!

M. T.—No tengo gana. Se me ha pasado el apetito. Cena tú solo.

A.—*(Acercándose á ella y tratando de acariciarla)*. Vamos, tontina, no te pongas así...

M. T.—*(Rechazándole bruscamente)*. ¡Déjame! ¡Déjame!

A.—Pero, escucha...

M. T.—¡Jesús, qué fastidioso! ¡Quita!

A.—Pero, tontina, si creí que era más temprano... De verdad, se me ha pasado el tiempo...

M. T.—Señal de que estabas muy á gusto.

A.—¡Pch! Relativamente, he estado con Luis Ramírez.

M. T.—*(Vivamente)* ¿Con Luis?

A.—Toda la tarde. Me le encontré en el barrio de Argüelles, plantado en una esquina. Nos pusimos á charlar, se empeñó en llevarme á la Moncloa... ¡Y como aquello está tan lejos!

M. T.—¿No me engañas?

A.—¡Qué te he de engañar! Puedes preguntárselo. Precisamente esta noche va á venir.

M. T.—¿Ah, sí?

A.—De manera que si quieres convencerte...

M. T.—No, no; me basta tu palabra.

A.—¿Entonces me perdonas?

M. T.—Con toda el alma.

A.—¿Y cenarás?

M. T.—Con mucho apetito.

A.—¿Y estarás contenta?

M. T.—¡Muy contenta!

A.—¡Qué buenísima eres! *(La besa)*.

Pedro Mata.

EL CAFÉ DE LAS CITAS (1)

PASARON varios días, y el archivero, dedicado al espionaje, pudo comprobar el asedio amoroso del teniente y el desvió de Purita hacia él, viejo y sentimental, ahora más grotesco que nunca en comparación con el apuesto mozo.



Carrère y su pipa

En la calle de San Bernardo hay un café, llamado de «El Paraninfo», blanco y pequeñito, con aspecto de haber sido botillería. Entrando por una callejuela inmediata, á la derecha, hay una sala tapizada de rojo, silenciosa y discreta, que es la *vicaria* de café

(1) Del admirable libro de Carrére, *El encanto de la bohemia*, puesto á la venta esta semana.

más conocido de las parejas amorosas. Van allí las busconas de rango á ultimar los detalles de la capitulación de su honestidad; obreras y burguesitas con sus novios, y alguna dama casada ó pingüemente *entrenida* á quienes no conviene ser vistas en su piadosa tarea de ornamentar la testa conyugal ó de sastisfacer con algun galán una fior de capricho.

Los camareros no suelen comparecer si no se les llama con insistencia. No se enciende luz en aquella sala hasta bien cerrado él crespúsculo vespertino, porque el dueño del establecimiento conoce bien las ventajas de la penumbra y que su discreto celestinaje va en pro del buen agosto de su gaveta.

Un anochecido, Purita, bien rebujada en su velillo, recelosa y esquiva, traspuso los umbrales de la sala galante. En un ángulo la aguardaba el teniente, con su sonrisa donjuanesca bajo el mostacho conquistador y con marcial fanfarria de espuelas y de sable.

Cerca de ellos había una mujerona, con aspecto de cocinera, á quien las sisas dieron para arracadas brillantes, *tumbagas* y cadenas, y un mozalbete flaco, con grandes ojeras y mirar pilluelo. Era un Gerineldo con pantalón abotinado, que además debía de tener la honesta costumbre de cobrar bien los favores de su pinturera persona.

Intima y dulce fué la plática de la niña con el militar. No debió de haber graves ni largas discusiones, cuando al breve espacio salieron muy juntitos, cogidos del brazo y atravesaron la calle. Muy de cerca les siguió, rescatándose con ahínco, un hombre embozado. Cruzaron á la calle de la Manzana, luego la de San Ignacio y luego otra estrechuca y sombría.

.....

Ante una casa de aspecto inquietante, en una siniestra rinconada, se detuvo la pareja; hubo como un punto de vacilación, de defensa en la mujer. Después desaparecieron por el portalillo.

Tras de abrir la mampara, había una escalera recta y pina. Sonó un timbre, y en el descansillo apareció una mujer gruesa con un manojo de llaves á la cintura.

—¿Para un rato?

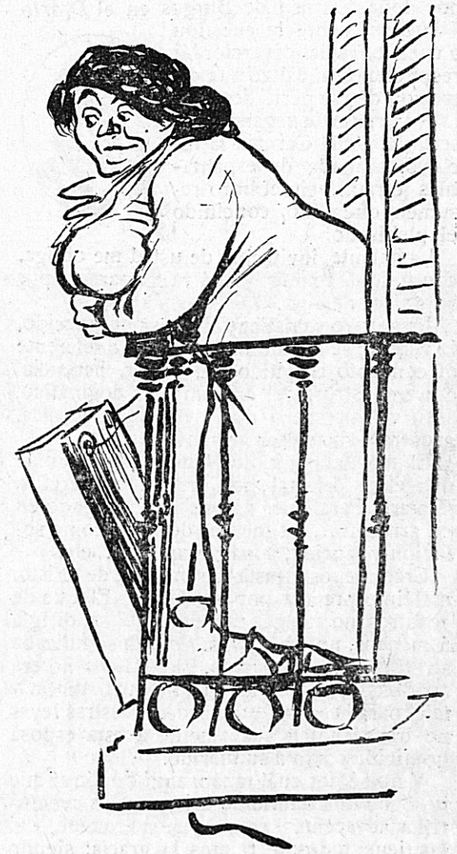
Y guió por los pasillos en ángulo, con puertecillas á los lados, de donde surgían vagos y excitantes rumores. Abrió una puerta, y entró la parejita en un cuarto estrecho. con un lecho muy alto, un espejo y un diván. En la pared había epigrafías obscenas, fechas memorables en la historia de amor de muchas mujeres. En un rincón, un lavabo, con dos toallas y un peine. En el ambiente flotaba algo canalla, misterioso, estimulante. El ajuar del burdel tenía un encanto triste y vicioso, y el sigilo de la casa celestinesca daba al amor cierta apariencia de delito.

Se trenzaron los brazos. Sonó un beso ardiente y victorioso. Luego un largo gemido de placer y dolor.

Bajo los balcones, el archivero se paseaba cómico en la horrible tragedia de su corazón deshecho, como un harapo, con su chapeo de media copa y su enorme pipa bajo la roja nariz, reluciente, como si estuviese encendida por dentro.

Emilio Carrére.

CON VISTAS A LA CALLE



—¡Sucio! Ya podía irse al evacuatorio de la Puerta del Sol.

EN CASO DE FLAGRANTE ADULTERIO

¿CUAL CREE USTED QUE DEBE SER LA ACTITUD DEL MARIDO?



Es posible que la filosofía oscile entre el desprecio y el perdón.

Lo que hay de «hombre» en el hombre, no vacilará nunca, y «matará» siempre.

JULIO BURELL.

•

Sr. D. Francisco Gómez Hidalgo.

Mi querido compañero: No me gustan estos plebiscitos. Ya concurrí al promovido por doña Carmen de Burgos en el *Diario Universal* sobre la cuestión ó cuestiones del divorcio. Mi respuesta escandalizó á la dirección de ese periódico hasta el extremo de negarse á insertarla. Doña Carmen la incluyó, plagada de espantables erratas, en el libro-resumen que editó, concluído el plebiscito.



La galante invitación de usted me obliga, con todo, á repetir, y allá va mi parecer por si le sirve de algo.

Presbítero y cristiano libre, ya encanecido, la verdad; se me alcanza poco de lo referente al concepto admitido del honor, herencia, entre nosotros, del cristianismo dogmático, á su vez heredero de la religión mosaica, grosera y sucia, por mí tan detestada.

El ¡mátala! del judío Naquet, expresión de una ética oriental, me crispa los nervios. ¡Matar! ¿Para qué, ni por qué? Cegado en un arrebato... los juristas decidan; como solución y sanción, jamás; el quinto... etc.

Creo menos injusta la sentencia de Cristo, mal interpretada por el vulgo: «El que de vosotros no tenga pecado...» Y se dirigía á machos, no á hembras. *Pecado* significaba allí trapicheo de marido. El adúltero no era apedreado; ella, sí. Naquet no tuvo un ¡mátale! para la esposa engañada. Nuestras leyes no tratarían tan suavemente á esta esposa homicida como á su marido.

Y no sé por cuál razón, aquí donde el que no tiene una querida ó más, con las aventurillas adyacentes, es porque no puede, y si las tiene, todos le reímos la gracia; siendo su mujer tan de carne como él, é igualmente obligada á la fidelidad, pero menor de edad perpetua y más expuesta al deshonor; ha de haber derecho para castigarla por propia mano cruelmente.

Me decidiría por el

¡Anda y llévatela!

que si se queda, será sólo en cuerpo, y no me conviene media mujer; ya encontraré otra completa.

¿Las conveniencias, prejuicios y habladurías; la posibilidad del hijo fraudulento?... Los curas no entendemos de esas minucias, y si somos racionalistas, menos; se nos ha arraigado mucho esta frasecilla, casi un Código, con ser tan vulgar: «En un mismo día se casan la mujer y el marido.»

No soy feminista; pero *¿marista?* ¡Horror!

Suyo siempre afmo. s. q. b. s. m.,

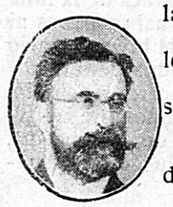
JOSÉ FERRÁNDIZ.

•

¿Qué actitud debe ser la del marido?

Ahí va mi parecer breve y sincero:

«La cabeza hacia atrás; el cuerpo erguido;
las dos piernas muy juntas;
[mirar fiero;
los dos brazos en jarras, y el
[sombrero
sobre el asta derecha algo
[torcido.»
¡Esta, lector amado,
debe ser la actitud del ultra-
[jado!



JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

•

No es tan fácil la contestación como á primera vista parece. ¿Quiéren ustedes que reflexionemos unos instantes? Pues vamos allá.



Tanto en la vida como en el teatro—que no es al cabo más que un reflejo de la vida—van quedando relegadas á segundo término las viejas prácticas calderonianas que obligaban al marido ultrajado á lavar con sangre las manchas del honor. Lentamente van evolucionando nuestras ideas y modificándose nuestras costumbres, y, por efecto de esa evolución, la palabra *adulterio*

va perdiendo toda su rimbombante sonoridad.

Es indudable que existe una tendencia marcadísima en favor de la mujer que falta al más delicado y comprometido de los deberes matrimoniales. Por de pronto, la palabra *piedad* empieza á tomar estado entre nosotros, y ya ven ustedes que la mayor parte de los escritores estamos conformes en creer que eso de disponer de la vida del prójimo ó de la *prójima* es una salvajada que no tiene disculpa; algo es algo, y no está de más que de vez en cuando vayamos dando un empujoncito al Código para llevarle por el camino de la benevolencia. ¡Quién sabe si, al fin y á la postre, quedará el adulterio reducido á una falta leve ó lo consideraremos una necesidad orgánica como, por ejemplo, el té de las cinco de la tarde!

Mientras eso llega, procuremos mostrarnos benévolos y condescendientes, sobre todo cuando veamos el verdugón en costillas ajenas, y echemos mano por si acaso de toda la gramática parda que tengamos á nuestro alcance para repetir con el campesino del cuento:

—Señor, si me caso, que no me engañe mi mujer. Y si me engaña, que no me entere. Y si me entero, que no me importe.

RAMÓN ASENSIO MÁS.

•

Señor D. Francisco Gómez-Hidalgo.

Mi distinguido compañero: Respondo con mucho gusto á la pregunta de su carta.



Yo creo que el marido, al enterarse de que su esposa le engaña, debe *irse*.

¿Para qué vengarse? ¿Para qué *quedarse* por la fuerza cuando ella le *despidió* de su corazón?... Todas esas teorías sanguinarias mantenidas á propósito del adulterio en novelas y dramas son, á mi juicio, abominables. Yo, en este caso, me pongo siempre del lado de la mujer, que es la parte más débil. Otello, francamente, me parece un salvaje.

Con toda simpatía,

EDUARDO ZAMACOIS

ARTISTAS DE VARIETES



¿....?



El confesonario

TÓRTOLA VALENCIA

He aquí una cosa que yo no había previsto al venir á España: tener que contar mis intimidades amorosas.

¿Pero ustedes saben en qué apuro me meten? Si yo he venido á España precisamente por olvidar á un hombre. ¡A un hombre que no me quería!... Porque la vida donde yo me crié, va como aquí. La quieren y se rinden á una cientos y millares, y una los desprecia y va á fijarse en quien no debió hacerlo. Yo no sé; no tuve la curiosidad de contarlos nunca; pero... ¡han sido y siguen siendo tantos mis adoradores!



TÓRTOLA VALENCIA

El primero, á quien yo correspondí un poquitín, fué un español; tenía, quizás, que serlo... Después... ¡yo no sé, yo no sé!

En Viena me quiso con locura un baroncito, que pagó caro el fijarse en mí. Su buen padre le encerró en un castillo para que no me viera. No me cabe duda; el padre intentaba sustituir al hijo.

La crónica negra ha registrado también algunos casos por culpa mía. Que yo sepa, por mí se han suicidado tres caballeretes, todos ellos en circunstancias muy curiosas, que no son para contadas ahora. Afirman también las malas lenguas que mis ojos hieren y matan...

Yo no sé cuántas aventuras más he tenido. En Ostende, un apasionado, en un momento de arrebato, para demostrarme su cariño, me entregó una sortija y una pulsera, prendas de las que había jurado no desprenderse nunca á una hermana muerta. ¡Obsequios, recuerdos!... En mi casa de Londres tengo casi un bazar de joyas. En mi equipaje

traigo muchas también. En la cadena del *chatelaine* de oro que suelo usar, he enlazado algunos objetos, regalos todos, que constituyen una cadena de ilusiones...

¡Ah! Aquí mismo tengo un adorador muy



UN «MOMENTO» DE TÓRTOLA

singular. Es un francés, que últimamente me persiguió en París como un desesperado.

Cuando tomé el tren para venir á Madrid, se percató de mi viaje, y en el colmo de su entusiasmo, lo abandonó y olvidó todo..., y aquí está hospedado en el hotel que yo.

Es la eterna aparición que á mis ojos se ofrece.

Le he preguntado por qué me sigue, y me ha contestado que por admiración á mi belleza, á mi arte y á mi inteligencia... ¡Sobre todo á mi inteligencia! No dejo de sentir cierta íntima satisfacción.

¿Que confiese más? ¿Acaso es poco todo esto? Yo no quería hablar de España ni de los españoles. Pero...

Me encanta mi tierra, cuya nostalgia sentía. Me vuelven loca los españoles, tan habladores y tan galantes. ¡Qué cosas dicen!

Entre ellos tengo yo una infinidad de adoradores, que me escriben y me buscan y me obsequian. Formaré, seguramente, otro bazar.

Y eso que yo no soy «práctica»; soy mujer de corazón, de fantasía, de ensueño. Cuando quiero, respondo á mis sentimientos.

Me entusiasman las osadías, todas las cosas en que se pone un poco de corazón.

El otro día se presentó en mi cuarto del teatro Romea un caballero, y ¿qué dirán ustedes que me rogó? Que le dejara besar todos los objeto míos que hay allí.

Le concedí el permiso que demandaba, y el buen señor los besó todos.

A mí este rasgo me pareció bien, y le reí.

Mi predilección en todos los aspectos la tienen los artistas: los pintores, los hombres de letras... Los toreros no me gustan fuera de la plaza. Allí aplaudo su arrogancia, porque no en balde hay en mí sangre torera.

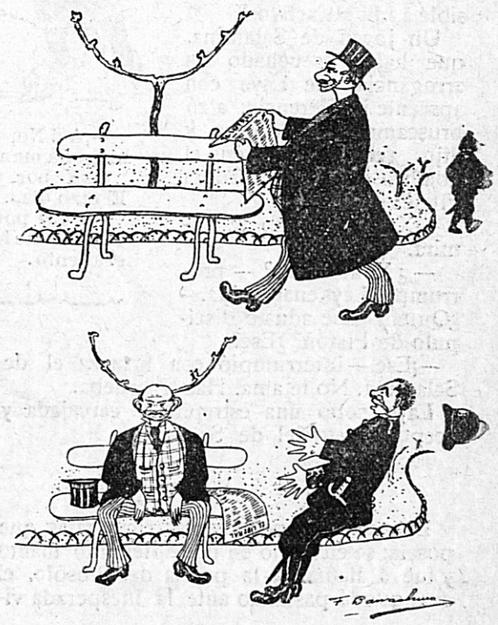
¿Que si me he enamorado en España? ¡Ya lo creo! De un pintor, cuyo nombre me reservo. Pero, claro, es amor de española.

Mi dueño absoluto no ha aparecido aún. Estoy esperando verle entrar fantásticamente alguna noche por la ventana de mi habitación, abierta siempre mientras duermo.

Y para concluir; conste que esto de «Tórtola» no es pseudónimo; es nombre de pila; me llamo

Tórtola Valenzuela.

HISTORIA MUDA



EL SUEÑO DE XENÓCRATES

I

Lays, con la copa en la mano y los ojos centelleantes, de pie, en medio de aquel montón heterogéneo de poetas, filósofos y cortesanas, ya medio vencidos por los vapores del Chipre, hablaba con arrogancia, con gallardía, como poseida de los mismos dioses olímpicos.

—Toda la Grecia es testigo—decía—; toda la Grecia lo sabe; de Egina, de Cirene, de Samos, de todos los rincones de Macedonia, de los más apartados lugares de la Siria, de Fenicia y de Egípto, llegan á mi puerta los hombres ansiosos de mi belleza; los filósofos, los más grandes oradores de Atenas rinden su voluntad ante mis gracias; los escultores me reproducen en sus mármoles; los poetas me ensalzan en sus cantos... ¿Por qué, pues, no he de decir que no hay un hombre que se muestre insensible á mis atractivos?

Un joven de Salamina, que había escuchado las arrogancias de Lays con aparente indiferencia, alzó bruscamente la cabeza y dijo, recostándose en el hombro de la encantadora Fitele:

—Xenócrates no te admira.

—¿Xenócrates?—prorrumpió Lays enardecida.—¿Quien? ¿Ese adusto discípulo de Platón? ¿Ese?

—¡Ese!—interrumpió con firmeza el de Salamina. No te ama. Haz la prueba.

Lays soltó una estrepitosa carcajada y aceptó el reto del de Salamina.

II

Lays se atavió con las más ricas galas que poseía; se envolvió en un espiéndido manto y fué á llamar á la puerta del filósofo, el cual quedó pasmado ante la inesperada visita. Lays, fingiendo susto por venir perseguida de unos malhechores, cerró inmediatamente la puerta, y pidió á Xenócrates hospitalidad por aquella noche.

El filósofo, observando las joyas de la recién llegada, creyó que era verdad la estratagema y ofreció á Lays un banco en donde reposar hasta la mañana siguiente. Después, como quien ha cumplido un deber humanitario, se volvió sosegadamente á su lecho.

Lays se despojó, con calculada lentitud, del manto; arrojó luego el epumis junto á Xenócrates, y por último, desprendió de sus hombros el xiton, descubriendo su cuerpo, enteramente desnudo, á los ojos del indiferente y soñoliento discípulo de Platón. La radiante belleza de la cortesana, espléndida como nunca é iluminada por el deseo, no conmovió á Xenócrates. El filósofo, como la cosa más natural del mundo, se volvió del otro ado.



—¡Ay! No, señor. Hoy de ninguna manera.
—¿Y por qué no, Filita? El otro día...
—Pues por eso; porque el otro día me lo notó mamá en el aliento.

Lays sintió una furiosa dentellada en su amor propio, y, sin otro miramiento que el aguijón de la voluntad pisoteada, se acercó impulsivamante á Xenócrates y le devoró con los ojos. El filósofo dormía como un bendito.

Una inmensa oleada de despecho coloreó el rostro de la cortesana; aquello era insufrible... Lays, bramando de coraje, con los ojos inundados por el llanto de la rabia, sacudió á Xenócrates, el cual, muerto de sueño, se volvió otra vez y continuó durmiende...

III

El joven de Salamina recibió al día siguiente un billete de Lays, en el que decía la hermosa hetaria, entre otras cosas:

«Acepté la apuesta, creyendo que se trataba de rendir la voluntad de un hombre; ¡pero Xenócrates no es un hombre; es un mármol...»

Pelayo Vizuete.

MI CASAMIENTO

Pues sucedió... que me casé. Y me casé porque alguna vez tenía que suceder, y los malos tragos hay que pasarlos pronto.

Un día, al salir de Apolo, me encontré con mi mujer, cuando todavía no estábamos casados. Empezamos á discutir acaloradamente, pero ¡muy acaloradamente!, y así seguimos Barquillo arriba hasta llegar frente á una iglesia.

Allí se paró mi costilla, y me dijo:

—Oye, Pepe; acabemos de una vez. ¿Por qué puerta quieres que entremos ahí? ¿Por esa ó por la otra?

Aquella iglesia era mi parroquia. ¡Las Salesas!

Por un lado, el banquillo de los acusados, y por otro, el altar.

A nuestra espalda, el Juzgado de guardia.

Entre ser condenado por los señores de la toga ó por mí mismo, opté por lo último, y me condené á cadena perpetua, ó sea á matrimonio civil y eclesiástico.

A los pocos días tenía esposa y «no sierva», según me dijeron dos sacerdotes seguidos. Porque tuve esa suerte. Me leyeron dos veces la Epístola, y fué como sigue:

A la parte afuera de la sascrifa estábamos tres ó cuatro parejas esperando que nos llamaran para la ceremonia.

Llegó un monaguillo, y dijo:

—¿Ustedes se van á casar?

[illegible]

POR LOS CAFÉS CANTANTES

Nadie creerá que yo haya tenido necesidad de fingirme borracho algunas veces, ¿verdad? Pues nada más cierto.

Varias noches, es decir, muchas, muchísimas noches, en vez de retirarme á mi casa al terminar la función, donde ya me sabía de memoria todo lo que pudiera ocurrir, me marchaba en busca de novedades que, á mi modo de ver, son la salsa de la vida.

Estas novedades me obligaban á veces á no probar el alcohol, con sentimiento, ¡palabra!

Hay señoras que le hacen ascos á los hombres que huelen á vino. Hay que saludarlas recién enjuagada la boca con *Licor del Polo*, pongo por licor; el cabello perfumado (ahora sólo me perfumo el solar), y hasta el cuerpo saturado de polvos de jaboncillo de sastre, como los guantes nuevos.

Las hay exigentísimas.

Pero es el caso que en casa no están acostumbrados á estos olores ni á tanta suavidad y, antes de penetrar en el propio domicilio, he temido que tomarme un par de copas de aguardiente por el interior y frotarme con el susodicho algo del exterior para no oler á señora de *extranjis*.

Con esto y entrar dando traspiés, unido á la mala cara de la buena noche, le dejan á uno descansar hasta la hora del almuerzo; que hay que inventar partidas al mús, visitas á la Prevención y hasta *bromas* si se lleva alguna señal sospechosa.

Entramos. Nos colocó donde debíamos estar, y un señor cura empezó á leer y á preguntar, y nosotros á contestar.

Yo no me enteré bien de lo que decía; bien por estar distraído ó por un defecto en la pronunciación que tenía dicho señor, que le impedía hablar con claridad.

Terminado el acto, nos dijo el «monago»:

—Esperen ahí, que ya les llamaremos.

Volvimos á salir, y á los dos minutos llegó un sacristán y, con el mismo laconismo del pequeño, nos preguntó:

—¿Ustedes son los novios?

—Sí.

—Pasen.

Nos llevó al otro extremo de la sacristía, y otro sacerdote, tan simpático como el primero, nos repitió la suerte.

Pero tampoco me enteré esta vez. Estaba más distraído que antes, y el segundo cura tenía el mismo defecto del primero, sólo que más acentuado.

Los dos deben vivir, pues eran jóvenes, y no negarán mi aserto. Siento que pueda molestarles el que yo saque á relucir sus defectos. Pero no hay más remedio. Se trata de un caso histórico.

Mi querido amigo y compadre Julián Mesejo se dió cuenta de la repetición, y tirándome de la chaqueta, me dijo:

—Ontiveros, creo que lo están casando por partida doble.

—Pues es verdad—contesté.—No siga, «pater», que todo esto lo he hecho allí enfrente hace unos minutos.

—¿Y por qué no lo ha dicho usted antes?—dijo el cura algo amostazado.

—Dispénseme; pero como nunca me había visto en este trance, creí sería continuación de la ceremonia.

—¡Continuación, continuación! Lo que me parece es una broma pesada, y el ser actor cómico no le autoriza á semejante cosa en este sitio.

—«Pater», que no ha sido broma.

—Que sí.

—Que no.

En esto, el monaguillo nos llamó enfadado para que fuéramos al templo.

¡Ah! Yo me tomé la revancha, porque al rezar el Credo y llegar á lo de «nació de Santa María virgen», se me olvidó lo que seguía, y tuve que fingir que seguía rezando hasta el «Amén», que lo dije fuerte y tan claro como el «Sí».

Así empecé mi vida de casado, con un camelo.

También debo decir que sólo me cobraron una Epístola.

✠

A partir de mi boda, todos los casos que cuente que puedan oler á adulterio, serán sueños que he tenido, pues si fueran verdad, habría motivo para volver á las Salesas; pero por la puerta que antes no quise utilizar.

Si citara nombres propios y los aludidos creyeran recordar lo que cuento como sucedido, es que han soñado también como yo.

ESPECTÁCULOS RECOMENDABLES

Ahora sí. Nos lo parecen todos ó casi todos: los del Trianon Palace, los de Romea, los del Salón Madrid, los del Royal Kursaal... Quitado lo que pasa por el Petit Palais, donde se aburre el más pintado, donde nosotros no pudimos sustraernos al sueño la otra noche, aun estando con una chica guapa y todo, y acaso, acaso también el Coliseo Imperial, sitio incapaz, en que la amenidad del espectáculo «cae» muy bien con la «amabilidad» que emplean para tratar al público sus dependientes, nos lo parecen todos, todos...

En Romea, además de Tórtola Valencia, la bella artista «danseusse», de soltura y de distinción como no se había visto otra por aquí, están la Morita y la Gitana y don Jenaro el feo, que si no es bonito, que digamos, tiene gracia. Hay que ir.

En el Trianon Palace, donde terminaron Les Chimenti, parodistas graciosos si los hay, están Resurrección Quijano, Pilar Gaudet, Lola de España y Manolita Méndez... Apenas cese la Manón, que amarga un poco, aquello quedará muy bien.

En el Salón Madrid, la Chelito, cada día más bonita y más picaresca, Carmen Ibáñez y otras varias...

En el Royal Kursaal actúa, quizás, el cuadro en que figuran más muchachas guapas. Al entrar en la sala, empieza usted por encontrarse con una chica muy bonita, á quien le entrega la localidad en que ella le coloca.

Y después, cuando el telón se alza, contempla usted cada cara bonita que marea: Angelita Easo, Carmen Villar, las Pay-Pay, dos muchachitas que, además de ser guapas, son románticas, y tienen «su corazón y todo»; Luisa y Pilar Vigné, Pilar López, las Febre, las Leal... ¡yo no sé cuántas!

Hipólito Murillo, el empresario, se ha propuesto demostrar que no hay distancias, llevando allí á la gente, y lo consigue.

Espectáculo de varietés y mujeres guapas por todas partes. En ellos, catedráticos, senadores y sacerdotes... ¡Decididamente, el mundo es nuestro!

"VARIETES,,

Nuestro amigo García Moriones, empresario del Trianon Palace, «que todo lo hace bien», acaba de fundar una Revista, que s gusta al público como á nosotros, conseguirá en poco tiempo un triunfo loco...

Se llama *Varietés*, y responde á su nombre en todo, y satisface con su aparición una necesidad que se notaba.

El primer número es notabilísimo del todo. Tiene ocho páginas en folio, de papel couché, y publica fotograbados que reproducen caras tan bonitas como la de Candelaria Medina, hermosa y retrechera siempre; la Quijano, Carmen Ibáñez, las Cheray, la Preciosilla, los Chimenti, esa pareja sin igual, modelo de gracia y distinción, y otros y otras...

Moriones ha tenido un acierto que merece plácemes. Y con él Dionisio de las Heras, periodista «curtído» en estas cosas, gerente de la nueva publicación.

GENTE DE TRAPIO



El.—Me voy á ir á la misma China *pa* comprarla á usted un mantón.

Ella.—¡Ja, ja!... Mejor se queda usted en Manilá.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EL LIBERAL
Marqués de Cubas, 7.—Madrid